"Tú, yo y el Alzheimer"

LOS RECUERDOS DE MI ABUELA

Hemos venido a visitar a mi abuela Fabiana que desde hace dos años tiene alzheimer. Ella conserva el pelo negro de siempre, tiene los ojos marrones, muy bonitos y brillantes. No recuerda nuestros nombres pero cuando la miro a los ojos y veo su sonrisa, estoy segura de que nos reconoce.

Mientras mis padres deshacen el equipaje yo estoy con mi abuela. Me quedo con ella en el salón, junto a la chimenea hablando solo de las cosas que recuerda. La cojo de las manos, esas manos calientes, seguras y con arrugas, que desde niña me acariciaban. Con la voz temblorosa empieza a relatarme recuerdos de su infancia, historias que ha vivido y que yo trato de imaginarme. Todo lo que me cuenta está desordenado, palabras sueltas, frases a las que yo no alcanzo a encontrar el sentido. Pero cuando se acerca mamá y me dice:

-No te preocupes, Sofía, son recuerdos que la abuela tiene en su mente.

Y la abuela dice:

-¡Esa cometa, alto, más alto, hasta el cielo!

Y me la imagino volando alto, al viento y con muchos colores. Entonces yo continúo:

-¡Sí, abuela, mira cómo vuela! ¡Oh, se ha quedado enganchada en el árbol!

-¡Otra vez, siempre igual!- dice la abuela.

-¡Tranquila, abuela, no pasa nada, voy a subir al árbol y la desengancho!

Voy corriendo a la cocina y cojo unas servilletas de papel de colores, las agito al aire y le digo:

-¡Mira, lo he conseguido!

La abuela me las quita de las manos y se las pasa por la mejilla. Pero cuando estoy disfrutando de su maravillosa historia, de repente grita:

-¡Coge a Trufo, rápido, que se escapa!

Me quedo sorprendida, me intento imaginar la nueva historia y le digo:

-Abuela, no sé qué dices, ¿quién es Trufo?

Mamá me responde que Trufo era un perrito que tenía la abuela cuando era más joven.

A mí se me ocurrió una nueva idea para esa situación; fui al coche a por mis peluches y jugué con ella moviendo a Trufo entre sus piernas, haciéndole cosquillas, ¡cómo se reía!

De repente mi abuela dijo: ¡Cuánto os quiero, Trufo y Sofía!

Me di cuenta en ese instante de que mi abuela no sólo recordaba su infancia sino que también me reconocía.

Cada fin de semana que iba a verla me lo pasaba genial con ella, me sentía cerca de ella, lo pasábamos muy bien juntas, nos reíamos, jugábamos y contábamos historias divertidas. Es la mejor forma de que sus recuerdos vivan para siempre.

SpS


JARDÍN